

Antes del analizante (Freud 1877-1888)*

PIERRE BRUNO **

Asociación de Psicoanálisis Jacques Lacan - APJL, Francia



Antes del analizante (Freud 1877-1888)

Resumen

Freud antes del analizante, es decir, antes de encontrarse con Fliess. Durante ese periodo, de 1877 a 1888 (entre los 21 y los 32 años de edad), Freud mantiene una relación con cinco “campos del saber”: la histología, la cocaína, la histeria, la hipnosis y la afasia. La lectura de esos textos nos permite hacer el seguimiento de cómo Freud se separa de la neurología sin afiliarse a la psicología.

Palabras clave: afasia, Freud, hipnosis, histeria, neurología, psicoanálisis, psicología.

Before the Analysand (Freud 1877-1888)

Abstract

Freud before becoming an analysand, that is to say, before meeting Fliess. During the period between 1877 and 1888 (between ages 21 and 32), Freud holds a relationship with five “fields of knowledge”: histology, cocaine, hysteria, hypnosis, and aphasia. The Reading of these texts allows a tracking of how Freud separates himself from neurology without ascribing to psychology.

Keywords: aphasia, Freud, hypnosis, hysteria, neurology, psychoanalysis, psychology.

Avant l'analysant (Freud 1877-1888)

Résumé

Freud avant l'analysant, c'est à dire avant de rencontrer Fliess. Pendant cette période entre 1877 et 1888 (à une âge entre les 21 et les 32 ans) Freud entretient un rapport avec cinq champs du savoir : histologie, cocaïne, hystérie, hypnose, aphasie. La lecture de ces textes nous permet de cerner comment Freud se sépare de la neurologie sans pour autant se rallier à la psychologie.

Mots-clés : aphasie, Freud, neurologie, hystérie, hypnose, psychologie, psychanalyse.

* “Avant l'analysant”. Traducción del francés a cargo de Ivette Cárdenas Jaramillo. Médica psicoanalista, docente de Salud Pública, Facultad de Medicina Universidad del Rosario y docente de Medicina Comunitaria, Universidad del Bosque.

** e-mail: pierre.bruno@wanadoo.fr

“Me gustaría ser tu dentista”.

FREUD A MARTHA

Si se adopta, como yo lo hago, la tesis que Lacan opone a la de Didier Anzieu en lo que concierne al paso a analista de Freud¹, se acordará una particular atención a la correspondencia entre Freud y Fliess, ese “medicastro”, según el término tan cuidadosamente sopesado por Lacan. Si hubo cura de Freud con Fliess, esa cura no fue nombrada jamás “psicoanálisis” por ninguno de los dos. Esta tuvo, sin embargo, una consecuencia mayor: conducir a Freud a autorizarse como analista. No es indiferente, sin duda, hacer notar que el declive de esa relación no da lugar a una verdadera ruptura sino hasta el momento en que Fliess acusó a Freud —en principio a través de un panfleto escrito por uno de sus amigos y luego por un libelo firmado por él mismo— de haber sido el intermediario deliberado de un plagio, al confiar a un analizante, Swoboda, las concepciones de Fliess sobre la bisexualidad, quien las da a conocer a Weiniger, el cual finalmente se las apropia. Freud había sido designado en la vindicta como el iniciador de un robo de ideas.

La correspondencia entre Freud y Fliess comienza hacia el final de 1887. El motivo inicial es la demanda de consejo que Freud dirige a Fliess a propósito de una paciente, la mujer del Dr. A., en tratamiento con Freud después de haber sido atendida por Fliess. En mayo de 1888 esta paciente había pedido a Freud consultar el punto de vista de Fliess en relación con una decisión de cuidado que ella debía tomar; Freud escribe: “Lo único que le pido es que no vuelva a transferirme la decisión a mí, pues nuestra paciente no se conformaría: la magia de su prestigio es intransferible”². Es entonces a ese supuesto poder que él va a confiar, en los años que siguen, sus “locas” ideas, y a confesar sus errores. A su regreso de París, donde había quedado muy impresionado por Charcot, Freud contrae matrimonio con Martha en 1886, se convierte en padre en octubre de 1887, cuando nace Matilde, y publica su primer artículo científico. Es del periodo comprendido entre esos dos momentos, de 1877 a 1888, que nos ocuparemos, es decir, del Freud antes del analizante y, a fortiori, antes del analista, de los 21 a los 32 años.

Histología, cocaína, histeria, hipnosis, afasia: cinco pantallas sobre las que son proyectadas imágenes diferentes. Podemos retener cinco eventos biográficos de este

1. Según Anzieu, Freud hizo un autoanálisis. A esta tesis Lacan opone la tesis de Octave Mannoni, de un protoanálisis de Freud con Fliess.

2. Sigmund Freud, “Los orígenes del psicoanálisis. Cartas a Wilhelm Fliess 1887-1904”, carta 4, en *Obras completas*, vol. III (Madrid: Biblioteca Nueva, 1968), 631.

periodo: 1) Freud y Martha se comprometen en matrimonio, 2) el encuentro con Charcot, 3) la grave falta médica que comete con su amigo Fleischl, 4) oye a Breuer hablar de Anna O. y 5) faltó muy poco para que obtuviera la celebridad.

El inconveniente de convertirse en un genio es el de tener que pasar por el colador mediático, que decide sobre los diferentes retratos que el héroe deberá portar como insignia durante un fragmento de eternidad. Es esto lo que le sucede a Freud. Pero ¿quién fue él antes de ser “Freud”? Sin querer reconstruir el “mecano” de su infancia y de su adolescencia, sabiendo además que la infancia del jefe es tan inaprehensible como su madurez, quisiera tratar de hallar, o mejor, de reencontrar, la inocente frescura del desconocido joven intelectual que fue Freud, recorriendo la paleta de sus primeros trabajos.

Si es cierto que la relación con el saber es lo que, de manera primordial, un psicoanálisis subvierte al sustituir la fascinación del todo por la atención al repliegue del agujero, debería ser posible detectar, en sus primeras curiosidades, el deseo de saber en el que Freud persistió, sin trocarlo jamás por un destino de *potiche*³. Los campos de concentración mediáticos no habían sido completamente cercados y era mucho más fácil apartarse de ellos.

La histología, en primer lugar, va de suyo, si se tiene en cuenta su elección pre-profesional de dedicarse a la investigación. La histología es el estudio de los tejidos del cuerpo viviente, y en 1882 Freud había publicado ya cuatro artículos en este dominio. El primero, en 1877, consagrado al origen de las raíces nerviosas posteriores de la médula espinal del *ammocoetes*. El *ammocoetes* es la larva de la lamprea, y no hay lugar para dar una significación particular a esa elección. De 1882 a 1888 publicó veinte artículos especialmente de histología, y más ampliamente de neurología y de medicina, con una predilección por el estudio de los trayectos nerviosos, como tratando de establecer un mapamundi. Sin embargo, si ahora intentamos seguir los trayectos freudianos, se constata una doble interrupción: en 1884, debido a la publicación de los primeros trabajos sobre la cocaína; y en 1886, por los primeros trabajos sobre la histeria, ligados por supuesto a su estadía parisina junto a Charcot.

Tratándose de la aparición de su interés por la histeria, sería un contrasentido considerar que es cuestión de un paso de la neurología a la psicología, es decir, del objeto somático al objeto psíquico. Su punto de partida fue el estudio del cuerpo viviente, y Freud se mantiene ahí. Si hubo un cambio, es porque Freud quería saber si algunas modificaciones del cuerpo viviente, por ejemplo, una hemianestesia, tendrían *otra* causa diferente a una lesión orgánica. El efecto estudiado, cualquiera fuera la causa, es *siempre* un efecto que tiene lugar en un cuerpo viviente. Dicho de otra manera, si la causa puede ser, eventualmente, una causa psíquica, el efecto constatado no es



3. *Potiche*: “vaso de porcelana. Se utiliza también para referirse a un personaje al que se le confiere un lugar honorífico, sin que juegue ningún rol activo”. [Nota de la traductora]

psíquico sino somático. Alrededor de esa constante se pueden distribuir los intereses epistémicos de Freud: la histología concierne al trayecto de los influjos nerviosos; la cocaína se presenta como aquello que podría abolir el dolor que acompaña tal efecto sobre el cuerpo viviente, pero también, y sobre todo, lo que podría devolver, de manera provisional, el gusto por la vida a un deprimido o a un neurasténico. El estudio de la histeria concierne a los efectos de un disfuncionamiento fisiológico y/o de un traumatismo; el estudio de la afasia apunta hacia la identificación de las zonas cerebrales y los sistemas de conexión en juego en los trastornos que afectan la facultad del lenguaje. En cada uno de esos casos, todo se juega en el interior del sistema nervioso central. El problema no es entonces oponer la causalidad psíquica a la causalidad orgánica, sino no excluir ninguna de las causas que puedan explicar los procesos que se despliegan en dicho sistema. En esa intuición inicial y nunca desmentida, la referencia de la investigación freudiana es una ciencia del cuerpo humano viviente. Podemos anticipar desde ya por qué no se quedará ahí, incluso cuando descubrió la importancia de la significación en la etiología de las neurosis, y querrá, ante todo, a través de la categoría de la pulsión —puente entre lo somático y lo psíquico—, tener en cuenta el cuerpo viviente. En este sentido, se puede decir que la verdadera revolución de Freud es el paso de la neurofisiología a la metapsicología, saltando por encima de la psicología. Sin la adopción de esta tesis, el descubrimiento freudiano es rebajado al rango del viejo espiritualismo que vemos reflorcer en el cognitivism, bajo los aires fraudulentos de la novedad.



4. Ernest Jones, “Carta a Martha del 2 de junio de 1884”, en *Vida y obra de Sigmund Freud*, tomo I (Barcelona: Anagrama, 1981), 98.

5. *Ibíd.*, 92.

6. Los artículos sobre la cocaína están reunidos en Sigmund Freud, *Un peu de cocaïne pour me délier la langue* (Paris: Max Milo Éditions, 2005).

Veamos las cosas más de cerca en lo que se refiere a la cocaína. Se sabe, gracias a la biografía que Ernest Jones hizo de Freud y a las cartas de Freud a Martha, que Freud descubrió la cocaína por las lecturas que hizo al comienzo del año 1884, y que experimentará muy rápido su uso sobre él mismo. Durante su fase de entusiasmo con esa “sustancia mágica”⁴, se identifica con el “gran señor fogoso que tiene cocaína en el cuerpo”, para hacer de su prometida una mujer dócil. Al final de su vida, en 1938, en una carta a Wittels⁵, califica su estudio de la coca como “*allotrión*”, o sea, un derivativo. No se puede dejar de pensar que ese derivativo era la cocaína misma, es decir, un nombre antes del nombre de libido. Se podría incluso aprehender la cocaína como una metáfora anticipada de la cura psicoanalítica, o al menos constatar que las esperanzas, más aún, las ilusiones puestas en la primera, han sido transferidas a la segunda.

Freud publica en julio de 1884 un primer artículo “Über coca (Sobre la cocaína)”⁶. Se apoya en los testimonios históricos que conciernen al uso de la cocaína por los indios del Perú, para hacer un panegírico sin matices, insistiendo sobre todo en la prodigiosa capacidad de la sustancia para multiplicar la fuerza, tanto psíquica como física, y para borrar la fatiga. Expone después cómo se efectúa la extracción de la cocaína

a partir de las hojas de coca, y anota de paso que, además de la cocaína, se encuentra en la coca una base volátil “cuyo olor recuerda a la trimetilamina” y, retomando esta vez las fuentes europeas, insiste de nuevo en la extraordinaria eficacia de la cocaína en el tratamiento del agotamiento. Habla además de algunas evaluaciones que objetan su entusiasmo, pero estas, evidentemente, en nada modifican su opinión. No es más que fugazmente, en cuatro líneas, que Freud evoca las propiedades narcóticas de la cocaína.

Las dos últimas partes del artículo se consagran a la acción de la cocaína sobre los seres humanos sanos y, después, a su acción terapéutica. Freud dice, en primer lugar, que ha probado sobre sí mismo una docena de veces el efecto de la cocaína, y que ha podido constatar su acción de protección contra el hambre, el sueño, la fatiga, al igual que la estimulación del trabajo intelectual que procura. En cuanto a la acción terapéutica, la coca sería recomendable contra la histeria, la hipocondría, la inhibición melancólica, el estupor, la neurastenia; es decir, en los estados de una actividad reducida de los centros nerviosos. Podría además utilizarse para curar los trastornos digestivos. Vencería las caquexias, combatiría el asma y también podría servir como afrodisíaco. En resumen, según Freud, la cocaína sería una panacea y no un *pharmakon*.

De manera menos afortunada, afirma que la toma de cocaína puede ser un medio de desintoxicación para los morfinómanos y los alcohólicos. Escribe perentoriamente: “[...] el tratamiento de la adicción a la morfina mediante la coca no supone simplemente cambiar un tipo de adicción por otro: el adicto a la morfina no se convierte en un *coquero*”⁷. No obstante, esta seguridad será contradicha por el caso de su amigo Fleischl, al que justamente prescribió la cocaína para desintoxicarlo de la morfina, y que se convierte muy rápido en un cocainómano incurable. Este hecho constituyó una doble herida, de la amistad y del amor propio, que marcó a Freud para toda la vida. Freud no deja de señalar, en la última parte del artículo, y siempre lacónicamente, la propiedad anestésica de la cocaína en aplicación local pero, en cuanto no había profundizado en esta propiedad, deja pasar el descubrimiento que iba a hacer célebre a su colega Koller.

Koller, inspirado por la lectura de este artículo de Freud, descubre la utilización de la cocaína en la anestesia local del ojo. Muchos testimonios, incluido el de Freud mismo, subrayan su amargura y sus remordimientos por haber dejado pasar tal ocasión de gloria. Freud responsabiliza discretamente a Martha, y después tratará de consolarse diciendo a Wittels que Koller era un monomaniaco del ojo, explicación que Wittels refuta aduciendo que Koller no se convierte en oculista sino *después* de su descubrimiento⁸.

La adicción intelectual de Freud por la coca no debe ser juzgada muy severamente. Después de todo podría encontrar una justificación *après-coup* en el



7. Sigmund Freud, *Un peu de cocaïne pour me délier la langue*. Véase en español, “Über Coca (Sobre la cocaína)”, en *Otros trabajos de Sigmund Freud*. Folio Views [bases documentales].
8. Fritz Wittels, *Freud: el hombre, la doctrina, la escuela* (Santiago de Chile: Editorial Pax, 1936).

éxito mundial de una bebida mucho más célebre que el descubrimiento de Koller. Esta adicción da fe, sobre todo, de la fascinación por un producto cuyo poder, para él, no era de adormecer sino de despertar: más exactamente, el poder que permite actuar sobre el cuerpo. En 1885, y luego, en 1887, Freud escribe tres comunicaciones sobre la cocaína. La primera es un estudio experimental, en el que se esfuerza por probar los efectos de la cocaína sobre el incremento de la fuerza motriz. Aunque no era esta su motivación inicial, aprovecha para saludar el descubrimiento de Koller, tomando la precaución de indicar, en una nota, que él había sido el primero en llamar la atención sobre la propiedad anestésica de la cocaína. En otro artículo del mismo año, 1885, reitera su confianza en la acción terapéutica de la cocaína en psiquiatría, en la desintoxicación de los morfinómanos y, en cuanto a su influencia sobre la fuerza motriz, indica que esta no es directa, sino que opera a través de un aumento de la disposición general al trabajo. No es sino en su última intervención, en 1887, que toma en cuenta, frontalmente, la posibilidad de un fracaso de la cocaína como medio de desintoxicación de la morfina, pero da una explicación *pro domo* de este fracaso, diciendo que se debe al hecho de que los morfinómanos han reemplazado la morfina por fuertes dosis de cocaína, lo que crea una nueva dependencia que resulta más de su relación con la droga que de la naturaleza de la cocaína.

De octubre de 1885 a febrero de 1886, Freud se encuentra en París por una pasantía científica que efectúa gracias a una beca otorgada por la Universidad de Viena. Esos cinco meses se consagrarán esencialmente al seguimiento de las enseñanzas de Charcot en el Hospital de la Salpêtrière. La elección de Charcot corresponde a la problemática epistémica de Freud en 1885. En efecto, en sus lecciones de los martes en la Salpêtrière, Charcot construye poco a poco una concepción de la histeria como entidad mórbida independiente y objetiva, diferenciándola de las concepciones que hacían de los síntomas histéricos el producto de una simulación correlacionada, además, con el temperamento sexual femenino. Gracias a la hipnosis, a propósito de la cual Charcot piensa que solo las histéricas son sensibles, reproduce artificialmente un cuadro ordenado y completo de los síntomas de la histeria, tal como estos se observan espontáneamente en la enfermedad. Es así como pone en evidencia, por ejemplo, la contractura histérica que resulta, en la experimentación bajo hipnosis, en estado de catalepsia, de la aplicación de un imán sobre tal o cual miembro. Al mismo tiempo refuta la idea de una causalidad orgánica y mantiene la hipótesis de una lesión dinámica, es decir, a nivel del funcionamiento fisiológico, dejando abierta, no obstante, la posibilidad de descubrir en el futuro, a través de medios de investigación más sofisticados, una perturbación orgánica. Por otra parte, presenta varios casos de histeria masculina, lo que rompe con el prejuicio de la histeria como enfermedad exclusivamente femenina.

La adopción sin reserva que hace Freud de estos postulados se puede verificar en cuatro documentos escritos entre 1886 y 1887⁹. Su artículo sobre la histeria, especialmente, está muy cerca de la teoría de Charcot, retomando su descripción de la llamada gran histeria. Se encuentra en él un largo desarrollo sobre las parálisis histéricas, en el que Freud afirma que “las afecciones histéricas [...] de ningún modo ofrecen un reflejo de la constelación anatómica del sistema nervioso”, y destaca que esas parálisis dependen de representaciones de la anatomía que se hace el sujeto: “Se puede decir que, acerca de la doctrina sobre la estructura del sistema nervioso, la histeria ignora tanto como nosotros mismos antes que la conociéramos”¹⁰. Desde ese punto de vista, se podría considerar que la parálisis histérica se separa de la anatomía real porque las representaciones de palabras la engañan. Pero Freud da un paso a un lado en relación con Charcot en dos lugares. Por una parte, anota que “el desarrollo de perturbaciones histéricas a menudo requiere, sin embargo, una especie de periodo de incubación o, mejor, de latencia, durante el cual la ocasión sigue produciendo efectos en lo inconsciente”¹¹. Esta podría ser la primera aparición del término “inconsciente”. Por otra parte, y a diferencia de Charcot, Freud utilizará la hipnosis como medio terapéutico, y es por esta razón que se interesará en los trabajos de Bernheim, a pesar de su desacuerdo en lo que respecta a la controversia que opone la Escuela de París a la Escuela de Nancy.

El último aspecto concierne al cerebro y a la afasia. En 1888 aparecen, también en el diccionario médico de Villaret, dos artículos atribuidos sin reservas a Freud: uno sobre el cerebro y otro sobre la afasia. La pregunta central que podemos formular a propósito del primer artículo tiene que ver con las relaciones entre los cambios materiales del estado de excitación de los elementos corticales y las manifestaciones del estado de conciencia. La tesis freudiana es clara: los estados de conciencia implican condiciones materiales cerebrales, pero estas condiciones materiales cerebrales no dan lugar obligatoriamente a estados de conciencia. La conexión entre los dos se traduce, cuando tiene lugar, en función del franqueamiento del umbral de conciencia, y depende, no de una causalidad mecánica automática, sino de un cambio de estado de otros elementos cerebrales y, agrega Freud, “de otra cosa”. ¿Quiere esto decir que, diferenciando elementos materiales corticales y estados de conciencia, Freud asimila los primeros a la fisiología y los segundos al psiquismo? No. Freud da cuenta, en efecto, de la manera como se compone la cadena psíquica propiamente dicha, no material, y propone la hipótesis según la cual no todos los eslabones de la cadena psíquica pueden franquear el umbral de la conciencia. ¿Podemos entonces considerarlos como psíquicos, o debemos, al contrario, calificarlos de materiales? Quedan abiertas dos posibilidades,



9. Estos cuatro documentos son: el informe que entregó Freud sobre su viaje a París y Berlín; la comunicación sobre la histeria masculina, en el otoño de 1886; el artículo que extrae de la conferencia “Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico”, y el artículo “Histeria”, escrito para el diccionario médico de Villaret. Se encontrará una exposición detallada del contenido de estos documentos en Ola Andersson, *Freud avant Freud, la préhistoire de la psychanalyse 1886-1896* (Paris: Synthélabo groupe, 1997).
10. Sigmund Freud, “Histeria” (1888), en *Obras completas*, vol. 1 (Buenos Aires: Amorrotu, 1980), 53.
11. *Ibíd.*, 58.

y Freud no zanja la discusión: los eslabones no conscientes, o bien dependen de la fisiología cortical, o bien subsisten como eslabones psíquicos, pero no conscientes¹².

Podemos pensar que esta discusión es alambicada y obsoleta. Sin embargo, me parece decisiva para aprehender la manera singular como Freud va a extraer y a constituir la categoría de lo psíquico, según un modo que es contradictorio con la manera como se constituye la psicología académica, que no ha operado ninguna ruptura con la fisiología. Este juicio parecería ir en contravía de lo que expuse anteriormente en lo que concierne al hecho de que Freud no cesó jamás de tener por objeto el cuerpo viviente, pero Freud mantuvo esta posición, descubriendo que hay leyes psíquicas independientes de las leyes fisiológicas y que esa independencia es la que especifica el cuerpo pulsional, que es aquel con el que tiene que ver el psicoanálisis.

Para Freud se plantea, en efecto, la cuestión de la independencia del nivel psíquico, no solamente porque él no adhiere a la idea de una causalidad mecánica simple, sino porque entrevé que la cadena psíquica podría, bajo la reserva de que las condiciones corticales existan, obedecer a leyes de las que nada asegura que podrían ser homologables al tipo de leyes que rigen la fisiología. Ciertamente, en ese tiempo incoativo Freud recurre al modelo del asociacionismo para pensar la legalidad propia de lo psíquico. La diferencia con la psicología académica participa entonces de lo *Infra leve*, caro a Duchamp, más que de la modesta metáfora del papel de cigarrillo, pero no podemos pasarla por alto, y se puede sostener que el incansable combate de la psicología por devorar al psicoanálisis se origina en la denegación de esta diferencia. La psicología académica piensa lo psíquico a partir del modelo de lo fisiológico, incluso sobre el modelo de lo informático, lo que la hace inepta para aprehender el inconsciente, si es que no lo ignora totalmente bajo la forma de una teoría de la comunicación. El genial Turing se preguntaba cómo diferenciar el pensamiento humano del pensamiento de un computador, pero no pudo abolirse como el inventor del computador ni probar haber sido engendrado por este.

El artículo sobre la afasia aporta una nueva indicación sobre la posición epistémica de Freud en 1888. Lo que le interesa a Freud de la afasia es que esta sea una enfermedad psíquica. Los trastornos de lenguaje que la definen tienen lugar independientemente de una lesión orgánica que afecta la integridad de “los aparatos periféricos sensoriales, nerviosos y musculares que participan de la expresión o de la comprensión del lenguaje”. No obstante, podemos constatar que en este artículo la frontera entre psicología y fisiología no pasa entre una causalidad funcional y una causalidad orgánica, sino entre fenómenos que se efectúan en el córtex y fenómenos que se producen en los aparatos periféricos. La psicología no es entonces nada más que una dependencia de la fisiología del sistema nervioso superior. Así, los síntomas

12. Véase Pierre Bruno, “Sur la formation des concepts freudiens psychique/physiologique”, en *Nouvelle Revue de Psychanalyse* 3 (printemps, 1971).

afásicos dependen más o menos directamente de un foco localizable en el córtex, incluso si en su libro sobre las afasias de 1891 Freud se muestra muy crítico frente a las teorías de Wernicke o Meynert, estrictamente apegados a una localización estática de la causalidad afásica en sus diferentes formas¹³. Es al final del artículo cuando Freud evoca el síntoma de la afasia histórica; afasia absoluta que amerita la calificación de mutismo y que no es consecuencia de un proceso cerebral material.

Se podría preguntar, puesto que Freud no dice aquí nada de la causación del síntoma, si no está ya esbozada una frontera invisible entre fisiología-psicología, por una parte, y psicoanálisis, por otra. Es una frontera en *stand-by* que solo la histeria puede hacer aparecer y que no será trazada sino a través de una mutación epistémica producida en el análisis original de Freud con Fliess. Es decisivo insistir en este punto: en su presentación contemporánea de la histeria, que debe lo esencial a Charcot, Freud toma partido por este último afirmando al mismo tiempo la objetividad de los síntomas histéricos, contra las tesis de la simulación, y la causa funcional (lesión dinámica), contra una causa orgánica (lesión orgánica). Estamos tentados a tomar esa distinción como la matriz que permitiría especificar al psicoanálisis como psicología. Ahora, esa matriz induce al error, porque la línea de demarcación en realidad pasa, no entre causalidad orgánica por un lado y causalidad funcional por el otro, sino entre estas dos últimas, por una parte, y una *causalidad desconocida*, por otra. Podemos decir, sin duda, que es esta causalidad desconocida la que será producida por Freud analizando. Un poco de proyección hacia el futuro confirmará este propósito. Desde 1888, pero sobre todo en el libro de 1891 sobre la afasia, Freud se cuestiona sobre la relación entre representación de palabra y representación de objeto, cuya resolución será el hilo conductor de la metapsicología. En acuerdo, al parecer, con Stuart Mill, de quien había traducido algunas lecciones, contrapone la representación de palabra, en cuanto que red cerrada (imagen sonora, imagen de movimiento, imagen de lectura, imagen de escritura), a la representación de objeto en cuanto que complejo asociativo abierto, como si el objeto, al tener una referencia externa al córtex, a saber, a la cosa en sí misma, se presentara originalmente con una estructura inapropiada para ser simplemente calcada por la palabra que se le superpondría exactamente, o como si el ángel del objeto deshabitara desde el origen los limbos de la palabra. Hay que anotar que, tanto en el artículo como en el libro, Freud utiliza el término *Objektvorstellung*, y no, como lo hará en la *Traumdeutung* y en su metapsicología, *Dingvorstellung*, luego *Sachvorstellung*. Esto es más que un matiz: ese *cambio lexical* hace énfasis en aquello que, de la cosa, escapa al objeto y, a fortiori, a la representación de palabra. La representación de palabra obedece, finalmente, a la prevalencia de la imagen acústica, mientras que la de objeto correspondería más bien a una imagen visual.



13. Sigmund Freud, *Contribution à la conception des aphasies* (Paris: PUF, 1983). Véase el prefacio bien documentado y claro de Roland Kuhn.

Este rodeo no tiene la pretensión de ser un estudio de la prehistoria del psicoanálisis. Recordemos que nuestro objetivo es captar la relación de Freud con el saber antes de acometer su correspondencia con Fliess, es decir, antes de que Freud se convirtiera en analizante, para utilizar un término deliberada y brutalmente anacrónico. He retenido así, como exergo, la frase que Freud dirige, epistolarmente, a su prometida y futura esposa: “Me gustaría ser tu dentista”. Sin duda, la atracción por el espectáculo del interior de una boca abierta no se acallará pronto en Freud; recordemos la imagen del sueño que ofrece el espectáculo del interior de una garganta y su fuerte resonancia erótica. Citemos antes la conclusión de la carta que Freud dirige el 6 de agosto de 1878 a su amigo Wilhelm Knöpfungmacher: “Durante estas vacaciones, cambié de laboratorio y me preparo a ejercer mi verdadera profesión: desollar animales o torturar a los hombres, y cada vez más se afirma mi preferencia por el primer término de esta alternativa”¹⁴. El editor subraya, de manera afortunada, que se trata de una citación tomada del prefacio de *Max y Moritz* de Wilhelm Bush, cuyo texto exacto es: “Molestar a los hombres, torturar a los animales”. Como buenos discípulos de Freud, es imposible dejar de hacer el comentario acerca de esta inversión, que es más bien convergente con una identificación con el sadismo que se les atribuye a los dentistas que con el amor por la agudeza amablemente burlesca. Ciertamente, se trata de una suerte de psicología inventada, pero esa “ficción” es la única interfaz entre la psicología y el psicoanálisis. Nada hace objeción, además, a la correlación entre “torturar” a los hombres y “curarlos”. La ilusión de la cocaína soportaba esa esperanza y el desenlace trágico de su amigo Fleischl, del que Freud se sentía responsable, hace pensar que ese ideal de taumaturgo fue puesto a prueba en el análisis original de Freud con Fliess, para finalmente disiparse.

De este antes... podemos trazar otro eje al formular esta pregunta: ¿por qué Freud eligió a Fliess como destinatario? Hubiese podido dirigirse a Breuer, mayor que él, o a Charcot, quien seguramente no lo habría rechazado, o en todo caso a alguien con una consistencia científica menos aleatoria que la de Fliess. Fliess es un sabio atípico, interesado en cuestiones un tanto “sulfurosas”, como Jung más tarde, aunque en otro plano. Lo que del saber de Fliess fue sin duda agalmático para Freud es su teoría de la bisexualidad. A lo largo de la obra freudiana hay una tensión, no siempre contenida, hacia lo oculto. Testimonio de esto es su actitud ambigua en lo que se refiere a las manifestaciones parapsicológicas. El rigor crítico frente al “sentimiento oceánico” de Romain Rolland parece menos una objeción a esa inclinación que una defensa contra toda tentación de orden metafísico. El espíritu científico es invocado contra todo aquello que podría abrir una brecha hacia lo místico, así sea naturalizando un fenómeno como la transmisión del pensamiento. Incluso no sería incongruente considerar que el

14. Sigmund Freud, *Correspondance 1873-1939* (Paris: Gallimard, 1966), 15.

interés por “otra cosa”, que constituye lo oculto, es una manera de preservar un real inasimilable por el lenguaje, así como el inconsciente tiene un ombligo que detiene la interpretación. Ciertamente, la cuestión de la bisexualidad no señala únicamente lo oculto, sino que, en un sentido metafórico, está también presente como una cuestión subjetiva en Freud, si se tiene en cuenta que otorga un fundamento no patológico a la homosexualidad masculina o, más precisamente, a la pasivización-feminización frente al padre, tema del que sabemos que se convertirá en un eje teórico mayor en el caso del Hombre de los lobos. Freud mismo contemplaba la posibilidad de realizar un trabajo sobre la bisexualidad humana, como le escribe a Fliess en una carta del 7 de agosto de 1901, lo que aclara, por demás, el aprieto de Freud frente al asunto del plagio. En esa misma carta evoca la supuesta inclinación masculina de Breuer, entregando sin duda a Fliess su última confesión: “Para mí, lo sabes bien, la mujer no ha reemplazado jamás en la vida al camarada, al amigo”¹⁵. Freud replica así el “desprecio por la amistad masculina” del que Fliess le había hecho parte. Al final del verano de 1901 el lazo transferencial entre Freud y Fliess no se ha disuelto, pero hay un “cierto distanciamiento”.

En los años ochenta, dos alumnos de Lacan, Diane Chauvelot y Eric Laurent, propusieron dos ficciones del pase de Freud¹⁶. Apoyándose en los textos freudianos y especialmente en la correspondencia, se trataba de reconstruir un pase ficticio de Freud, en el cual él hubiera dado cuenta a un pasador, *après-coup*, del momento en el que en su “cura” con Fliess se había autorizado como analista. Para Diane Chauvelot, Freud habría intentado ese pase escogiendo a Ferenczi como pasador, durante las vacaciones del verano de 1910 que pasaron juntos en Siracusa, Sicilia. Por supuesto que los términos “pase” y “pasador” son anacrónicos y la autora sabe bien que su ensayo es una fantasía que se apoya en elementos objetivos más bien tenues, como la narración de Jones y algunas cartas de la correspondencia Freud-Ferenczi. Sin embargo, es cierto que durante esas vacaciones Freud estaba preocupado por su relación del pasado con Fliess. Menciona a Ferenczi, en una carta del 6 de octubre de 1910, que todos sus sueños de esa época “giraban alrededor de la historia Fliess”, y escribe de manera precisa: “Ya no tengo más necesidad alguna de esa total apertura de la personalidad [...]. Después del caso Fliess, en cuya superación usted me vio ocupado, esa necesidad se extinguió en mí. Una parte de la investidura homosexual ha sido retirada y utilizada para el crecimiento del propio yo. He triunfado ahí, donde la paranoia fracasa”¹⁷. Me parece que esta cita por sí sola corrobora la intuición de Diane Chauvelot: un paso fue franqueado por Freud durante esos meses, paso que concierne a una cierta resolución de la transferencia con Fliess y, correlativamente, una mutación de la investidura homosexual de Freud. Sin riesgo de equivocarse demasiado,



15. Sigmund Freud, *Cartas a Wilhelm Fliess 1887-1904* (Buenos Aires, Madrid: Amorrortu, 2008), 562.

16. Estos dos artículos se encuentran en *Ornicar?* 12/13 (diciembre, 1977).

17. Sigmund Freud y Sándor Ferenczi, *Correspondance 1908-1914*, tome I (Paris: Calmann-Lévy, 1992), 231.

se puede estimar que al término de ese viaje a Siracusa, comenzando por sí mismo, Freud ve más clara la articulación entre la relación homosexual con un hombre y la relación de feminización frente al padre, incluso sin que hubiera alcanzado jamás una dilucidación completa de esta articulación. Eric Laurent añade una piedra a este cuento al evocar el viaje de Freud con Jung y Ferenczi a los Estados Unidos, durante el verano de 1909. También la correspondencia con Jung, de antes y después de esta fecha, confirma el lugar central que tiene la cuestión de la homosexualidad masculina en la preocupación subjetiva y epistémica de Freud. La carta que mejor hace eco a esta preocupación es la del 17 de febrero de 1908 dirigida a Jung, en la que Freud escribe: “Mi amigo de entonces, Fliess, ha desarrollado una bella paranoia después de haberse desembarazado de su inclinación hacia mí, que no era realmente poca”¹⁸. Esta apreciación permite, cuando se pone en perspectiva con la manera como Freud mismo se desprendió de su inclinación homosexual hacia Fliess, medir precisamente en qué contrasta una solución psicoanalítica con un desencadenamiento paranoico. Eric Laurent aporta además una nota interesante, haciendo de la creación del famoso comité secreto que dirigiría en la sombra la Internacional Psicoanalítica una resultante de esos procesos subjetivos en los cuales Freud se asoma a su relación pasada con Fliess y se retira de aquello que hubo de patológico: dicho de otra manera, de la neurosis de transferencia. ¿Habría que considerar entonces el “comité secreto”, en el cual ninguna mujer fue admitida, salvo su hija Anna, como una sublimación de su homosexualidad?

18. Sigmund Freud y Carl Gustav Jung, *Correspondance*, tome I, 1906-1908 (Paris: Gallimard, 1975), 182-183.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSSON, OLA. *Freud avant Freud, la préhistoire de la psychanalyse 1886-1896*. Paris: Synthélabo Groupe, 1997.
- BRUNO, PIERRE. “Sur la formation des concepts freudiens psychique/physiologique”. En *Nouvelle Revue de Psychanalyse* 3 (printemps, 1971).
- FREUD, SIGMUND. “Appendice B”. En *Contribution à la conception des aphasies*. Paris: PUF, 1983.
- FREUD, SIGMUND. *Cartas a Wilhelm Fliess 1887-1904*. Buenos Aires & Madrid: Amorrortu, 2008.
- FREUD, SIGMUND. *Contribution à la conception des aphasies*. Paris: PUF, 1983.
- FREUD, SIGMUND. *Correspondance 1873-1939*. Paris: Gallimard, 1966. En español: *Epistolario de Sigmund Freud 1873-1939* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1996).
- FREUD, SIGMUND. “Histeria” (1888). En *Obras completas*, vol. 1. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- FREUD, SIGMUND. “Los orígenes del psicoanálisis. Cartas a Wilhelm Fliess 1887-1904”. En *Obras completas*, vol. III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1968.

FREUD, SIGMUND. "Über coca (Sobre la cocaína)". En *Otros trabajos de Sigmund Freud*. Folio Views [bases documentales], s. f.

FREUD, SIGMUND. *Un peu de cocaïne pour me délier la langue*. Prefacio de Charles Melman. Paris: Max Milo Éditions, 2005.

FREUD, SIGMUND Y CARL GUSTAV JUNG. *Correspondance*, tome I, 1906-1908. Paris: Gallimard, 1975.

FREUD, SIGMUND Y SÁNDOR FERENCZI. *Correspondance 1908-1914*, tome I. Paris: Calmann-Lévy, 1992.

FREUD, SIGMUND Y SÁNDOR FERENCZI. *Correspondencia completa 1908-1911*. Madrid: Editorial Síntesis, 2001.

JONES, ERNEST. "Carta a Martha del 2 de junio de 1884". En *Vida y obra de Sigmund Freud*, tomo I. Barcelona: Anagrama, 1981.

WITTELS, FRITZ. *Freud: el hombre, la doctrina, la escuela*. Santiago de Chile: Editorial Pax, 1936.



